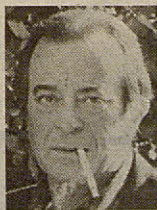


el Periódico Miércoles, 3 de septiembre de 1997



José Agustín Goytisolo
Escritor.

El ruido

El nuestro siempre ha sido un país ruidoso. En los pequeños pueblos, en las villas, en las ciudades, el tremendo ruido callejero de menestrales y mercaderes, estudiantes y modistillas, vecinas y charlatanes era motivo de largos comentarios en los periódicos, y en la literatura. Con el tiempo, la ruidosa cuestión se ha convertido en un infierno. El hablar alto a horas intempestivas, las broncas entre pandillas, las máquinas, las televisiones y radios y, sobre todo, la circulación y las sirenas, nos tienen poco menos que asediados. Hace años, cabía la solución de refugiarse en algún café a leer un periódico o a escribir algún apunte. Pero este recurso es hoy casi imposible: muchos locales ponen eso que se llama *música ambiental* a gran volumen; esto, unido a la elevación de las voces de los parroquianos y camareros, nos saca de quicio.

El ruido es necesario, agradable, acompaña; pero la música estridente y los ruidos estentóreos y continuados son malos para la salud e impiden el crecimiento de los niños y de las plantas. Últimamente se están rompiendo muchos aparatos de medir decibelios. No me extraña. Somos millones los que no podemos refugiarnos ni en un pueblo, y a los que el ruido nos impide algo muy importante: pensar, hablar, dormir.